

PELIGRO SOBRE RUEDAS de Celia Olmos

– “No puedo dormirme. No puedo dormirme.”– Se repetía Franz en la cabeza, dándose ánimos.

Franz era un hombre callado y serio, alto e imponente, pelo negro, ojos de un azul intenso que transmitían seguridad. Franz trabajaba en una fábrica llamada Kisten tragen que se encargaba de la distribución y transporte de paquetes. La mayor parte de las veces no sabía qué llevaban los paquetes; pero hoy sí lo sabía; y también sabía que estaba en peligro.

– “No puedo dormirme. No puedo dormirme.”–

El sueño sobrepasaba sus fuerzas, pero no se podía permitir ni siquiera un parpadeo, un cerrar los ojos durante tres segundos. La carga era demasiado importante, era demasiado peligrosa. Si le pillaban, todo había acabado; para él, para su familia, para Karl y toda la red de transportes de Kisten tragen; para todos.

Poco a poco, los kilómetros iban pasando con una monotonía asombrosa. Aquel recorrido nocturno ya lo había recorrido muchas veces; siempre con la misma tensión, el mismo miedo, pero esta vez era más arriesgado que nunca; ya se lo había avisado Karl:

–“Si te pillan, estamos perdidos. Ten cuidado, cada vez vigilan más al cruzar el puente.”– fue su último consejo.

Nunca se le había hecho tan larga la noche, tan largo el camino hasta Lubeck. La única muestra de su avance hacia el norte era la creciente cantidad de nieve en la cuenta. Por un momento deseó no haberse metido en aquel lío, pero ahora, ahora ya era imposible salir de ahí. Su palabra le ataba.

De repente, una luz. Había llegado al puente. A unos veinte kilómetros de Lubeck, se encuentra un puente que cruza Ratzeburger see, un lago cercano. Al ver la luz de la garita del puente instintivamente aceleró, ¡ya quedaba tan poco! Pero luego se acordó de su carga, de su peligro; y de la revisión que los guardas realizaban a todos los vehículos que

podieran levantarles sospecha. Y obviamente, su camión de Kisten tragen a las cuatro y media de la mañana, levantaba sospechas. Muchas sospechas.

- “¡Alto!”-

Desde dentro del camión, Franz casi no oyó la voz del guarda, pero no hacía ni falta. En medio de la carretera, resaltando con la nieve que deslumbraba por la luz de los focos, con la mano en alto y cara de fastidio; el mensaje era obvio. Claramente, al guardia no le había hecho gracia tener que salir de al lado de la estufa.

- “Tenemos que revisar su camión”-

Franz practicó por última vez una cara inocente y cansada delante del espejo retrovisor y de un salto bajó del camión. Al momento empezó a tiritar, de los nervios se había olvidado el abrigo en el asiento del copiloto. Empezó a dirigirse de nuevo al camión para cogerlo, pero no quiso poner más nervioso al guarda, que ya se dirigía a la parte trasera del camión.

- “¡Vamos, date prisa! ¡Que no tengo todo el día!”-

Franz ni siquiera se atrevió a hablar. Sabía que no podría controlar la voz. Asintió y abrió la puerta trasera del camión. Ya solo quedaba esperar a que se cansara de registrar después de mirar dentro de las primeras veinte cajas y no continuara mirando.

- “Ya está. Todo está en orden. ¿Los papeles, por favor?”-

A los quince minutos, estaba de nuevo en la carretera. Los nervios y la tensión acumuladas de todo el viaje de repente se habían evaporado. Ahora sí que estaba agotado. Pero lo había conseguido. Ahora ya era todo camino liso.

Descargó todo el cargamento en un local viejo, sucio, desarreglado a las afueras de Lubeck que tenía un letrero oxidado donde se podía leer: Almace. Los paquetes ya no estaban bajo su responsabilidad. Claro que se preocuparía y preguntaría hasta saber cómo habían acabado, pero era un respiro saber que ya no estaba en constante peligro.

Ahora ya solo quedaba la vuelta a casa. Gracias a Dios todo había salido bien. A lo mejor si se daba prisa y llegaba a las cinco a Ratzeburger see le daba tiempo a cruzar el puente de vuelta antes del cambio de guardia. Si era así, no tendría que pasar otra vez por la revisión, ya que seguramente se acordarían de él. No es que le preocupara pasar la revisión ahora que ya no llevaba la carga, pero nunca le había gustado ser registrado. Además, cuanto antes saliera de allí, antes llegaría a casa.

Cinco y veinte marcaba el gran reloj de la garita cuando el camión 51 de Kisten tragen salió de Lubeck. Franz ya se había resignado a tener que pasar otra revisión y no llegar a tiempo a despedir a sus hijos Brant y Kristin antes de ir al colegio. Encima había empezado a haber un poco de tráfico, según la ciudad despertaba. Pero ahora que ya había vuelto a la vieja carretera podía correr libremente. Ya casi estaba llegado al puente.

Desde donde estaba no distinguía muy bien las formas, pero se veían varios coches aparcados enfrente de la garita y muchos policías alrededor de un camión; debían de estar aún en el cambio de guardia, y por eso había tanta gente fuera, eso explicaba que hubiera coches. Franz se compadeció del conductor, sabía cómo se sentía, pero al mismo tiempo se alegró.

Probablemente, si el anterior guarda aún no se había ido, podría marchar sin revisión.

De repente, distinguió el símbolo de Kisten tragen en el camión y enseguida reconoció el uniforme de la policía: La Gestapo. Quiso volver, cambiar de sentido, pero era ya imposible; ya estaba demasiado cerca, le habían visto, y por los gestos que estaban haciendo todos, le habían reconocido.